

—¡Oh, no! replicó Rive. De esa manera los malos instintos se conservan y se agravan. En este punto participo de la opinión de los ingleses respecto de los regresos. Y no se diga que se ha de pensar primeramente en los hombres, dejando para después pensar en los animales, porque, buenos ó malos, nuestros sentimientos se desarrollan siempre de menor á mayor. Por el amor de su muñeca, de su canario ó de su gato, el niño prepara y asegura sus facultades afectivas ulteriores. Aprendamos á evitar ó á disminuir el sufrimiento del animal, de ese modo el sufrimiento y la vida del hombre se nos harán más respetables.

El capitán tomaba demasiado en serio el asunto, olvidándose de la señora Bonnelle; pero ésta, sintiendo inmovilizada la fina bota de Rive, se desinteresó de la conversación, y lanzando entre aquellos dos hombres el brillo de su hermosura, á semejanza del rayo de sol que ahuyenta visiones tenebrosas, atrajo su atención hacia las magnificencias de las artes y de la industria, el concurso hípico, las exposiciones, el lujo, la elegancia y todo el maravilloso confort de la existencia moderna.

Rive acudió seguidamente al reclamo, pero Bonnelle, un tanto testarudo, continuó en el mismo tono.

La señora Bonnelle, tentada por la facilidad de una causa ganada de antemano, aceptó la discusión, desplegando la escala de sus bellas risas, insistiendo sobre los negros, que rebajaba al parentesco de los monos:

—Unas gentes, decía, que no tienen religión...

—Te equivocas, protestó Bonnelle, tienen como nosotros su dios y su diablo.

—¡Oh! replicó, no hablemos del diablo!

Y añadió cándidamente:

—¡No tienen más que groseras supersticiones!

—¿Eso dices, replicó con burlona sonrisa Bonnelle, tú que te asustas del martes y del número trece?

—La joven hizo un ligero gesto de desagrado. Después, sonrojada, pudicamente emocionada bajo la amorosa mirada del capitán, añadió:

—Unas gentes que van desnudas, como animales...

—Sin duda porque ignoran las voluptuosas semi-desnudeces de nuestros saraos.

—Estás impertinente, dijo la joven.

Empeñada en tener razón, en triunfar, por un argumento decisivo, de la mala fe de su marido, buscaba, con la frente obscurecida por el esfuerzo del pensamiento. Por fin halló, y levantando la cabeza con aire decidido y mirada segura, dijo:

—Unas gentes que no se casan...

Esta vez, sea por convicción, sea por cansancio, Bonnelle se declaró vencido, permaneció mudo y se inclinó.

Sí, aprobó Rive con voz grave y respetuosa; nosotros tenemos el matrimonio.

Pobre victoria la de la joven, que, en presencia de su marido, tenía bajo la mesa, presos sus lindos pies entre los del audaz capitán. Confusa, emocionada por aquel contacto, pensando que desnudos ó vestidos, casados ó sin casar, salvajes ó civilizados, el amor iguala todas las razas, cualquiera que sea su grado progresivo, sentía en aquel instante la necesidad de la ausencia de su marido.

JUAN REIBRACH

CRÓNICAS SOCIALES

Las leyes y la justicia

—He meditado sobre la filosofía del derecho—dijo monsieur Bergeret,—y he visto que toda la justicia social se basa en estos axiomas: el robo es con-

denable; el producto del robo es sagrado. Estos son los principios que afianzan la seguridad de los individuos y que mantiene el orden en el Estado.